

9- Las fantasías arquitectónicas del Château de Falkenstein, el Château Vieux Windstein y el Château Nouveau Windstein. Las ultimas ciudades policromas de Oberbronn, Bouxwiller y Neuwiller lès Saverne. Y fin del viaje en La Petite Pierre.

CHÂTEAU DE FALKENSTEIN



Mientras conducía, haciendo un lento zigzag entre bosques, comenzaron a aparecer indicaciones con el nombre de “Château de Falkenstein” que me llevaron a un aparcamiento, envuelto de prados y árboles, donde había un letrero con información de las rutas pedestres que se podían realizar desde este lugar.

Siguiendo unas señales, de forma y colores que ya no recuerdo, me introducía en los bosques y me abandonaba a la soledad de la naturaleza, acompañado por el susurro de las hojas. Los únicos sonidos venían del propio bosque, cuando las maderas crujían impulsadas por el suave viento.

El sendero seguía ascendiendo rodeado de árboles, entre las ramas caídas, la maleza y las plantas de color verde, los de la hierba, y las muchas y diminutas flores de colores que había en el suelo. El aire despedía un olor extraño y bueno, estaba impregnado de aromas verdes y marrones.

Después de media hora de marcha apareció, como fantasma de otra época cuya silueta se alzaba sobre la claridad de los bosques, el “Château de Falkenstein”. Como si aquel espectáculo inesperado fuera solo para mí. No había nadie más.

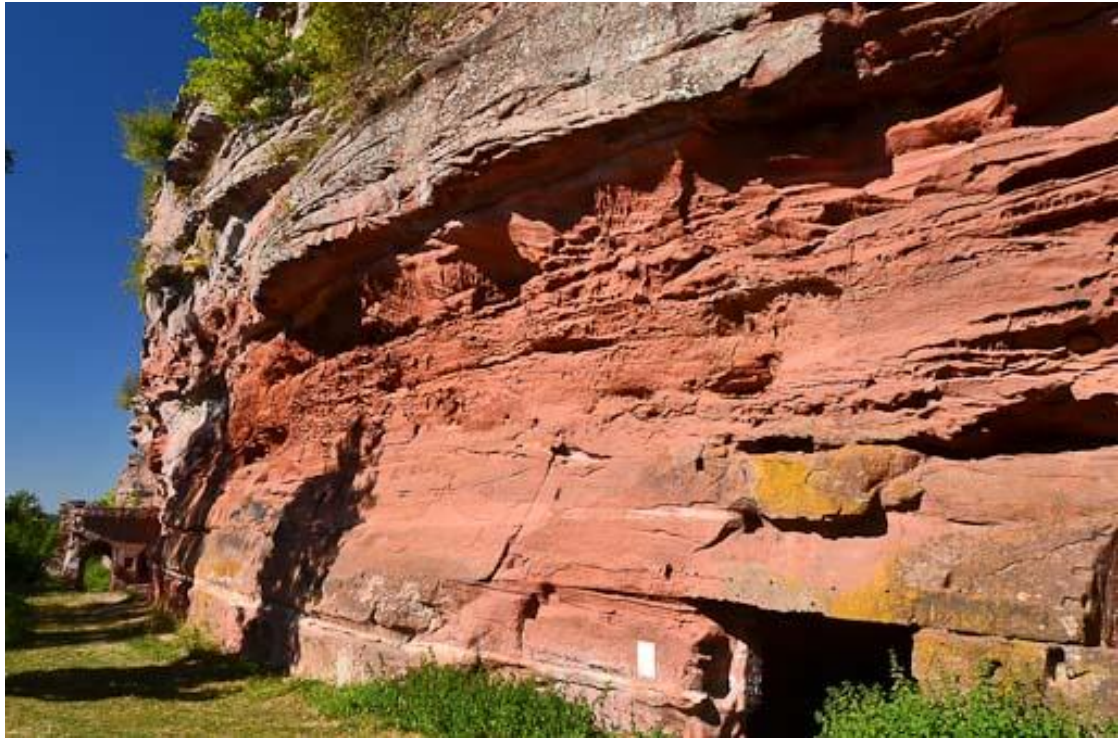




El castillo corona una roca vertiginosa de arenisca roja, de 117 m de largo, 2 a 10 m de ancho y unos 22 metros de alto. La fachada había desaparecido dejando al descubierto los elementos que configuraban el antiguo castillo como los accesos, pasillos, escaleras y salas trogloditas cavadas en la piedra. Era como una maqueta a la que se le quita la superficie para ver su interior. El lugar había que mirarlo con los ojos muy abiertos, pero con la mente perdida en el mundo de los sueños para imaginarlo.

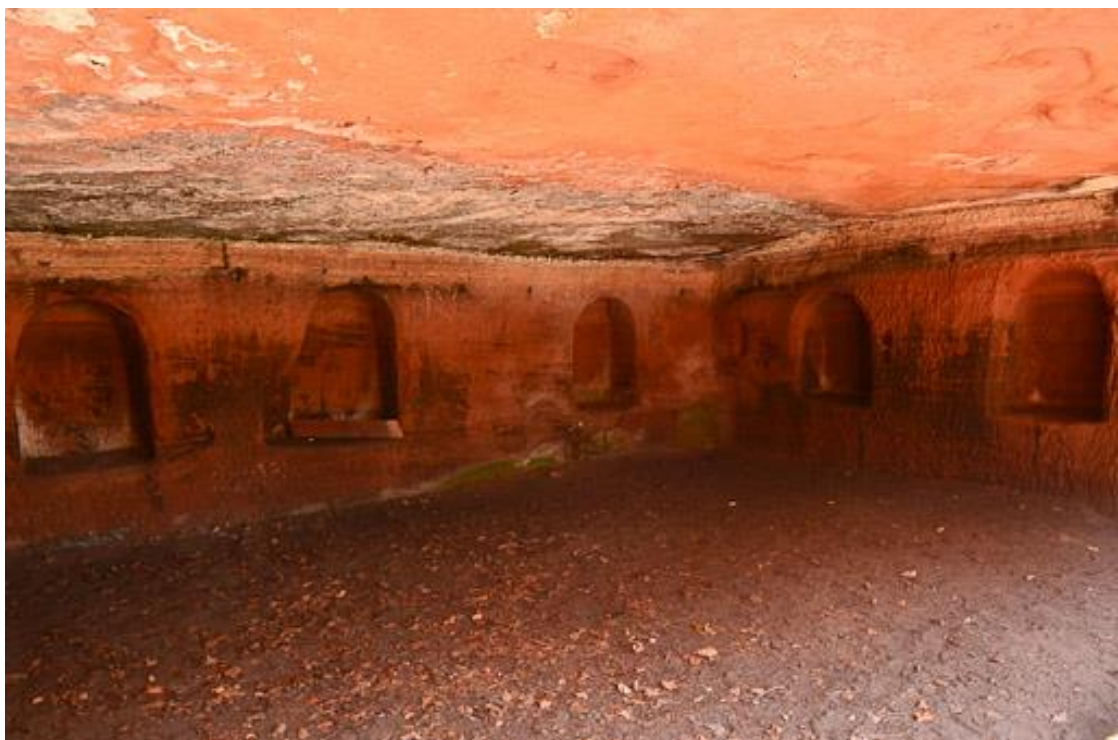
En la roca desnuda destacaba algo que parecía un portal con piedra de sillería, entré y me encontré de pronto dentro de una gran cavidad de piedra de suelo rocoso. Esta vasta caverna, llamada “sala de guardia”, tenía en sus paredes seis nichos cavados en la roca. Subiendo por rampas escalonadas seguían apareciendo numerosas cavidades, algunas naturales y talladas por el agua, y otras excavadas por el hombre. Se hallaban superpuestas, con accesos entre ellas y ventanas al exterior.

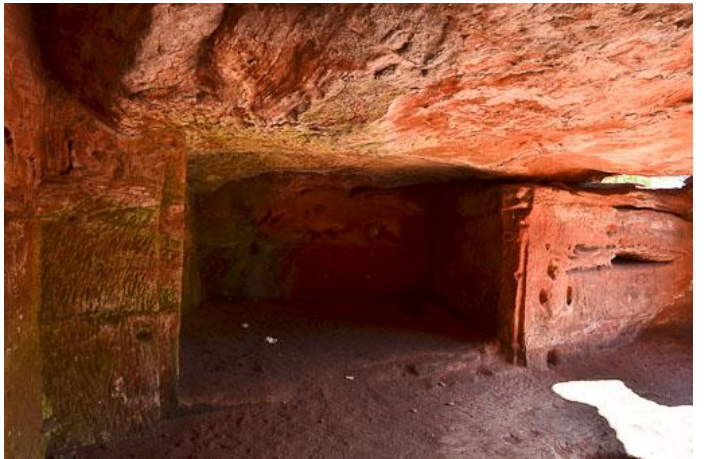


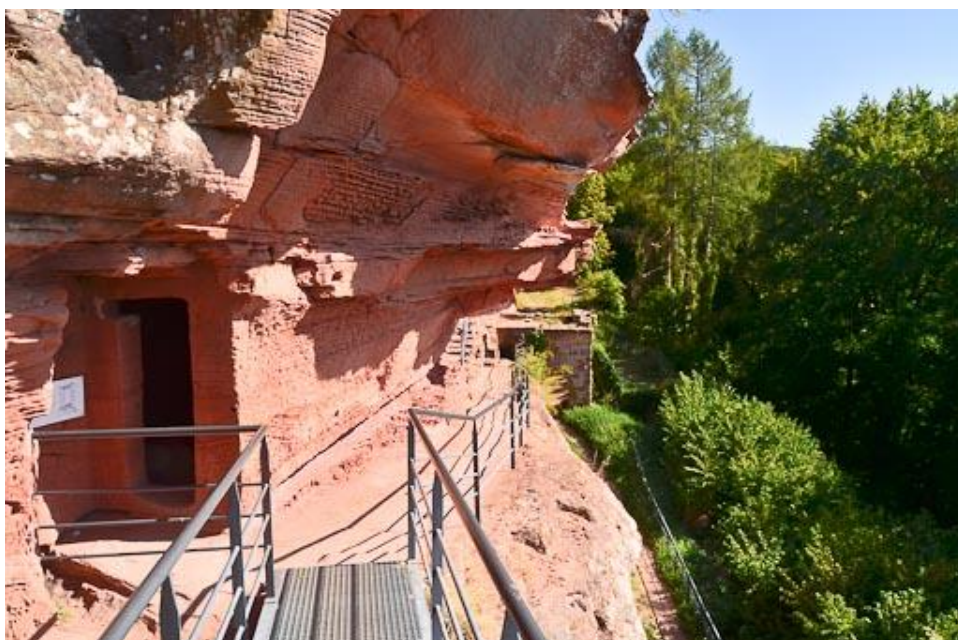


Entré en una sala, cavernosa y vacía, acariciando aquellas paredes con aire soñador y me sorprendía que, siendo un lugar de libre acceso y sin vigilancia, estuviese todo impecable. No había grafitis de pintura o gravados, tampoco basura.

Cuando hube subido la última escalera, de gastadas piedras, tenía ante mí la cima de la roca y el mirador. Este lugar albergó antiguamente una serie de edificios palaciegos, hoy son excavaciones arqueológicas. Se elevaba una majestuosa torre de sillares de piedra (lo más intacto conservado del castillo) posiblemente una casa de la nobleza del s.16, equipada con diferentes comodidades. Del resto de las infraestructuras todo lo que quedaba eran cimientos y bajos muros, unidos por pasarelas que protegían de la caída al vacío. Era un refugio de calma, una fortaleza luminosa y, además, un precioso escenario.









Estaba poseído por una sensación de maravilla, contemplando las extensas superficies de bosques, que refulgían en tonos verdes bajo la luz del sol. Parecía una selva en la que cuando uno entraba no volviera a salir jamás, por mucho que anduviera, porque parecía extenderse sin fin. Y el aire era maravilloso.

El castillo, con el nombre muy simbólico de “la roca de los halcones”, data de principios del siglo 12. En 1205 ocupó el castillo la noble familia de Falkenstein hasta el s.16. Esta familia tuvo numerosos conflictos con otros nobles de los castillos cercanos como los Windstein, cuyo castillo visitare posteriormente. Los conflictos llegaron a tal punto que las familias tuvieron que realizar pactos de paz y convivencia entre sí. En 1564 el Castillo de Falkenstein, por causa de un rayo, ardió durante 5 días hasta quedar casi completamente destruido. Lo que permaneció en pie, después de este desastre, fue arrasado en 1680 por las tropas de Luis XIV.





CHATEAU VIEUX WINDSTEIN



La pequeña carretera avanzaba por densos bosques y a ambos lados aparecían bunkers o casamatas. No sabía a qué periodo histórico pertenecían, la franco-prusiana, la línea Maginot o defensas alemanas ante el avance aliado. En el pueblo de Windstein, y siguiendo las señales “des Châteaux”, llegué a un parquin en un alto valle, con amplios prados y rodeado de colinas boscosas.

Por encima de granjas y hostales se alzaba un cerro de paredes verticales, como murallas, y cima plana. Sobre dicha cima se levantaban pinos y otras coníferas de aspecto desgredado, que acogían las extrañas ruinas del “Château de Vieux Windstein”. Una pista forestal me llevaba a unas maravillas de piedra roja, de antiguos testimonios y signos enigmáticos, con bloques rocosos que rompían la suavidad de las faldas boscosas y ofrecían una oportunidad irresistible para los aficionados a la escalada que subían por sus paredes verticales. Deslicé la mirada por el paisaje silvestre y las rocas que refulgían, con un tono rosa, bajo el sol del mediodía.







Al pie de estos bloques se distinguían varias terrazas y un camino que descendía entre enigmáticas piedras de sillería que formaban una entrada a un vertiginoso revoltijo de salas trogloditas, galerías subterráneas talladas en la roca y bodegas. Con precaución me abría paso por unas escaleras y pasillos a oscuras y entonces, pasando por esas piedras frías donde se habían vivido tantas pasiones, me vino a la mente historias de lecturas pasadas.

El castillo ocupaba dos espolones rocosos verticales con una sucesión de puertas y pozos que permitían el acceso a sus diferentes estructuras. Las reliquias de construcciones y torres, en la parte superior, solo son accesibles para los escaladores. Abajo aparecían los restos de un edificio residencial, un pozo de 40 metros de profundidad y una capilla con restos de un altar. Había agujeros en las paredes correspondientes a vigas de techos y multitud de trazas misteriosas difíciles de identificar.

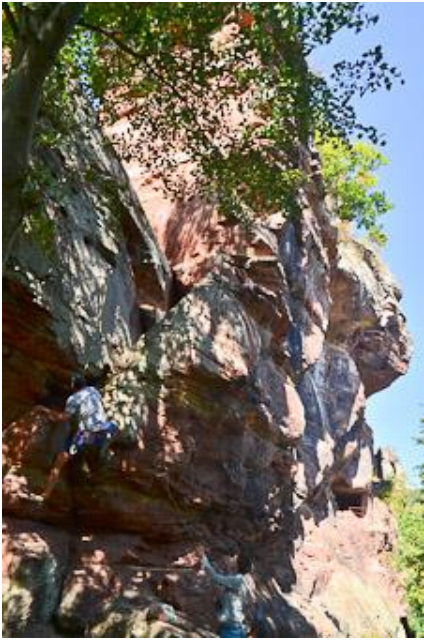




El castillo de Windstein fue construido en la primera mitad del s.12. A principios del s.13 los señores de Windstein se trasladaron al nuevo castillo, llamado “Nouveau Windstein”. Posteriormente lo visitare. El anterior castillo pasó a denominarse “Vieux Windstein”.

En 1332 “Vieux Windstein” se había convertido en un refugio de bandidos y fue sitiado por las tropas del obispo de Estrasburgo. Se realizaron minas y contraminas, hoy visibles entre la confusión de salas y galerías, y finalmente se tomó el castillo después de 10 semanas. Fue después desmantelado y reconstruido más tarde, ese mismo siglo. En 1515 fue incendiado y en 1676 fue destruido definitivamente por las tropas francesas.







CHATEAU LE NOUVEAU WINDSTEIN



Le “Nouveau Windstein” se hallaba a una distancia de poco más de 1 km. El camino que llevaba al castillo era empinado y alternaba el bosque con helechos altos y secos, maleza espinosa y brezales. Una energía vibrante me animaba a avanzar cada vez más rápido y tras una breve caminata apareció la forma oscura del castillo, que se elevaba sobre los altos pinos que lo rodeaban.

Parecía haber brotado del suelo de forma natural con sus antiguas piedras rojas, desgastadas por el tiempo, integradas en la superficie irregular del terreno. La subida me hizo tomar aliento, especialmente por el agradable aroma imperante.





El palacio se encontraba construido en la parte superior de la roca, a una altitud de 367 metros, con paredes de 25 metros de altura y 2,80 de espesor. A su alrededor había una muralla y una barbacana de protección. El palacio estaba vaciado en su interior, pero una escalera y un pasadizo permitían el acceso al último piso. Desde este lugar la panorámica, con unas vistas fabulosas y una visión general del valle de Schwarzbach, eran magnificas. La mirada se perdía en la lejanía sobre un horizonte azul intenso que recortaba un follaje verde, espeso y selvático. Este valle se encontraba en la lista de excursiones imprescindibles por el parque natural de los Vosgos del Norte.

Volví a bajar la colina por un camino diferente, sin ver a nadie. Llegué al valle donde tenía estacionada la autocaravana y sin descansar continué al próximo destino, tenía que aprovechar del que parecía iba a ser el último día soleado. Es lo que tiene el querer abarcar mucho con tiempo escaso, las malditas prisas.





Tras los muros de esta fortaleza se respiran, ni más ni menos, que nueve siglos de sucesos e historias. Parece que el castillo fue erigido por la familia Windstein, sobre las ruinas de uno anterior, alrededor del 1340 tras el abandono del “vieux Windstein”. Este nuevo castillo fue ampliado y se alzaron el palacio y sus defensas. El tamaño de la roca y la sala troglodita, sostenida por pilares debajo de la casa señorial, demuestran el trabajo imponderable que se realizó. La comodidad y la elegancia tampoco se olvidaron como lo demuestran las hermosas ventanas talladas, decoradas y con bancos.

A partir de 1413 empezó a pasar de manos, obispos y familias nobles residieron en él. En 1515, durante la Guerra de los Campesinos, el castillo fue dañado y se demostraron deficiencias en su arquitectura para las nuevas armas de fuego, siendo remodelado. Durante la Guerra de los Treinta Años se convirtió en refugio para los lugareños. En 1680 las tropas francesas sitiaron el castillo. La crónica relata que el noble “Durckhein” defendió solo el castillo, huyó mientras el castillo estaba en llamas. El castillo fue finalmente abandonado a finales del siglo 17, cuando Alsacia se integró en el Reino de Francia. En 1820 era una ruina.





OBERBRONN



Era media tarde, conducía por las carreteras del interior de los Vosgos de Norte y en seguida llegué a una gran población, Niederbronn les Bains, pasado este núcleo de estrechas calles alcancé la pequeña aldea de Oberbronn. Este pintoresco pueblo se hallaba en la ladera de una colina de las estribaciones de los Vosgos, flanqueada por una vasta llanura donde un gran promontorio boscoso acogía el pueblo que parecía dormir gozando de una ubicación y orientación privilegiada.

El paisaje era un pintoresco mosaico lleno de autenticidad natural. Oberbronn ha conservado muchos elementos de su aspecto original y su especial carácter con pintorescas calles bordeadas de casas con entramado de madera, que datan de los siglos 16 al 18. La plaza del ayuntamiento aparecía rodeada de antiguas casas, de encanto innegable, y una logia del 1610 en piedra de granito rosa. Una fronda de árboles y bosques asomaban por encima de los tejados.





La plaza era el punto de partida para descubrir la ciudad. Había ascendido a pie hacia la falda de la colina admirando las callejuelas del casco antiguo, calles que con su empedrado de adoquines parecían una incursión al pasado. Durante la caminata aparecían las casas distribuidas a diferente nivel y graciosas formas, con marcos de ventanas renacentistas, porches y portales y sus aleros de vigas de madera labrada. En los dinteles de las puertas aparecían los emblemas de las corporaciones, fechas, nombres e iniciales de los constructores gravados, en algunos casos, hace más de 400 años. La iluminación de la tarde resultaba más cálida al propagarse por las calles vacías y los callejones penumbrosos.

Desde allí arriba la pequeña ciudad se extendía ante mí como un juguete. El horizonte se dilataba hasta el infinito y, sumido en mi contemplación, tenía el extraño sentimiento de haber visto a lo largo de este día algo de otro mundo y otro tiempo. Al atardecer me desplazé a Niederbronn les Bains a pasar la noche, y como siempre busqué un lugar donde sentarme a leer. En ese momento ignoraba que esta sería la penúltima noche en Alsacia.









BOUXWILLER



Me despertó la campana de la iglesia, que daba la hora, aunque recobré la lucidez muy lentamente. Era el cansancio físico del largo viaje. Las previsiones de MeteoFrance eran acertadas y la mañana amaneció iluminada por un pálido sol que se había quedado agazapado detrás de una fina capa de nubes blanquecinas.

Conducía por un paisaje rural de extensos valles de prados de cultivos y pastoreo, a su alrededor se levantaban colinas boscosas. La carretera atravesaba antiguos pueblos de enredados nombres. El pasado desfilaba velozmente por las ventanas del vehículo. Las nubes flotaban sobre el horizonte difundiendo una luz lechosa sobre el paisaje dormido, pero a pesar de las brumas en las que se debatía, el sol no había perdido ni una pizca de su calor.





A mi llegada a Bouxwiller densas y compactas nubes habían cubierto la ciudad, soltando una lluvia fina y ocasional. El paisaje estaba sumido en las sombras. Me puse en marcha sin una dirección definida, dejando que las piernas me llevaran, sin saber apenas adónde iba ya que la meteorología me molestaba. Durante mucho tiempo recorrí con asombro calles silenciosas, que han conservado su encanto medieval y el colorido de los pueblos de Alsacia. No me cansaba jamás de las formas, casi infinitas, tan divertidas y tampoco de los colores más variados. Me cautivó inmediatamente aquellos antiguos edificios, algunos de gran factura con maderas esculpidas y paredes con arabescos, otros muchos torcidos e inclinados como borrachos que parecían chocar y hablar a solas.

Era una lástima la falta de sol donde los tonos, sobre las fachadas entramadas de mil maneras, eran apagados y sin sombras ni brillos. Las fotos que presento son las primeras, de todo el viaje, que no hacen justicia a la alegría de su arquitectura.







Bouxwiller, conocida por sus tesoros arquitectónicos e históricos, me parecía una de las ciudades más bellas del norte de Alsacia. Ha mantenido su encanto de antaño con sus casas de madera, sus notables ventanas y calles estrechas que parecen ocultar multitud de curiosidades. Alrededor de la Plaza del Castillo todavía se pueden admirar los edificios altos de la ciudad, que una vez formaron parte de la corte de los señores de Lichtenberg.

Los Habsburgo para recompensar a los señores de Lichtenberg, que siempre les habían apoyado en la hegemonía del Sacro Imperio Romano Germánico, les concedieron privilegios y franquicias para su aldea de Bouxwiller desde el comienzo de la Edad Media. Bouxwiller se convirtió en un pueblo amurallado y obtuvo el rango de ciudad. En 1480 el condado pasó a la familia Hanau-Lichtenberg, lo que lo convirtió en un verdadero estado, del que Bouxwiller era la capital. Después de la Guerra de los Treinta Años el condado permaneció independiente y sus príncipes alemanes eran vasallos del rey de Francia. Durante la Revolución muchos edificios, incluido el castillo, fueron destruidos. De su importancia histórica como capital de un condado quedan los restos de sus murallas, las hermosas casas nobles de los siglos 15 y 16, fachadas renacentistas y casas del siglo 17 con tallas de esculturas.













NEUWILLER LÈS SAVERNE



Los escasos rayos de sol, que conseguían abrirse paso entre las nubes, iluminaban una coqueta y pintoresca aldea en una ubicación agradable y en un cuadro de colinas y bosques. Llena de encanto Neuwiller el Saverne me sedujo por su patrimonio arquitectónico. Sin estar planificada en el viaje estacioné para visitarla.

Las casas de dos plantas y buhardilla se levantaban alrededor de una plaza cuadrada, ocupada por la iglesia de Saint Adelphe del s.12 y 13, con dos inusuales finas torres. Una serie de casas con entramado se repartían por todo el pueblo y a lo largo de la ceñida carretera que llevaba a la Petite Pierre. Caminando por la comuna, sin un rumbo fijo, me agradaban sus fachadas originales y alegres. Aquí y allá aparecían los restos de un muro perimetral y una de las antiguas torres, todas las demás y las puertas habían desaparecido.





El pueblo de “Neuwiller el Saverne” debe su origen a una Abadía Benedictina fundada en el año 723. En esta Abadía, conocida como San Pedro y San Pablo, los habitantes de la villa se hallaban sujetos a la voluntad del abad del monasterio. En 1327 Neuwiller fue elevado al rango de ciudad, liberándose del mandato de la Abadía. La guerra de los Treinta Años y la ocupación francesa causó daños, como la demolición del castillo de Herrenstein, la noble familia que gobernaba la ciudad, y las defensas de Neuwiller.

La importante Abadía de St Pierre y St Paul se hallaba cerca, una de las más importantes de Alsacia, con un conjunto de edificios de diferentes épocas y la iglesia Románica con cripta, nave Gótica, claustro, etc. La tarde avanzaba y el tiempo, engañando a la predicción meteorológica, parecía mejorar. Quería llegar cuanto antes a la Petite Pierre para aprovechar lo que quedaba de día.







LA PETITE PIERRE



Cuando había abandonado las esperanzas de que volviera el sol, éste salió de pronto. Subía conduciendo, por la serpenteante carretera de la ladera de la montaña, rodeado de un bosque que se veía moteado por las sombras de las nubes y la luz brillante del sol. Llamaba la atención la frescura del paraíso verde que se extendía ante mí de bosques y praderas en las laderas, donde pastaban algunos animales, y disfrutando del encanto de la naturaleza y de la luz llegué a la Petite Pierre. Con la salida del sol volvió el calor, pero a esta altura y sobre la cresta en la que se hallaba la población, un ligero viento hacía soportable la canícula. Estacioné fuera del pueblo y atravesándolo me encontré con unas bonitas casas, muy cuidadas. Las murallas y la antigua puerta medieval habían desaparecido, destruidas en 1870. Las construcciones actuales datan en su mayoría de entre 1717 y 1810 y su estilo era totalmente diferente a lo visto hasta ahora. Su arquitectura es típica de Lorena y con pocos elementos decorativos.





Había mucho ambiente, la gente paseaba por su calle principal y sus terrazas, aun así el lugar parecía extrañamente sereno. Otros visitantes iniciaban excursiones, en un entorno natural, y un paisaje exuberante en el que el bosque y las rocas de arenisca roja era lo predominante. Recortada, contra las colinas resplandecientes que se alzaban tras él, la silueta del castillo aparecía extrañamente situada en una empinada roca que se hallaba en el extremo de una cresta y separado de la población por un foso artificial. Era una fortaleza del s.13 que tenía apariencia, al menos, de austero palacio que emergía vigilando las principales rutas de la región en un entorno de verde abundante.

Ya los romanos convirtieron el lugar en un importante cruce de caminos, la llamada Vía Bassoniaca. En la Edad Media la ciudad era la sede de un principado y dependía del Sacro Imperio Romano Germánico y desde el s.16 dependiente de un conde del Palatino, que moderniza el castillo y le da su aspecto actual. En los tratados de Wesffalia, que puso fin a la Guerra de los Treinta Años, las tierras de los Habsburgo en Alsacia pasaron a manos del rey de Francia. El Ejército francés ocupó el castillo en 1677 y en 1681, el ingeniero militar Vauban fue responsable de una amplia modernización de las fortificaciones.





En 1745 una terrible tormenta y un fuerte viento destruyeron gran parte de las casas, ese mismo año y cuando los residentes habían reparado sus casas, un incendio estalló en la ciudad y redujo la mayor parte de la población a cenizas. Solo 17 casas se salvaron, de ahí la relativa modernidad de sus preciosas arquitecturas.

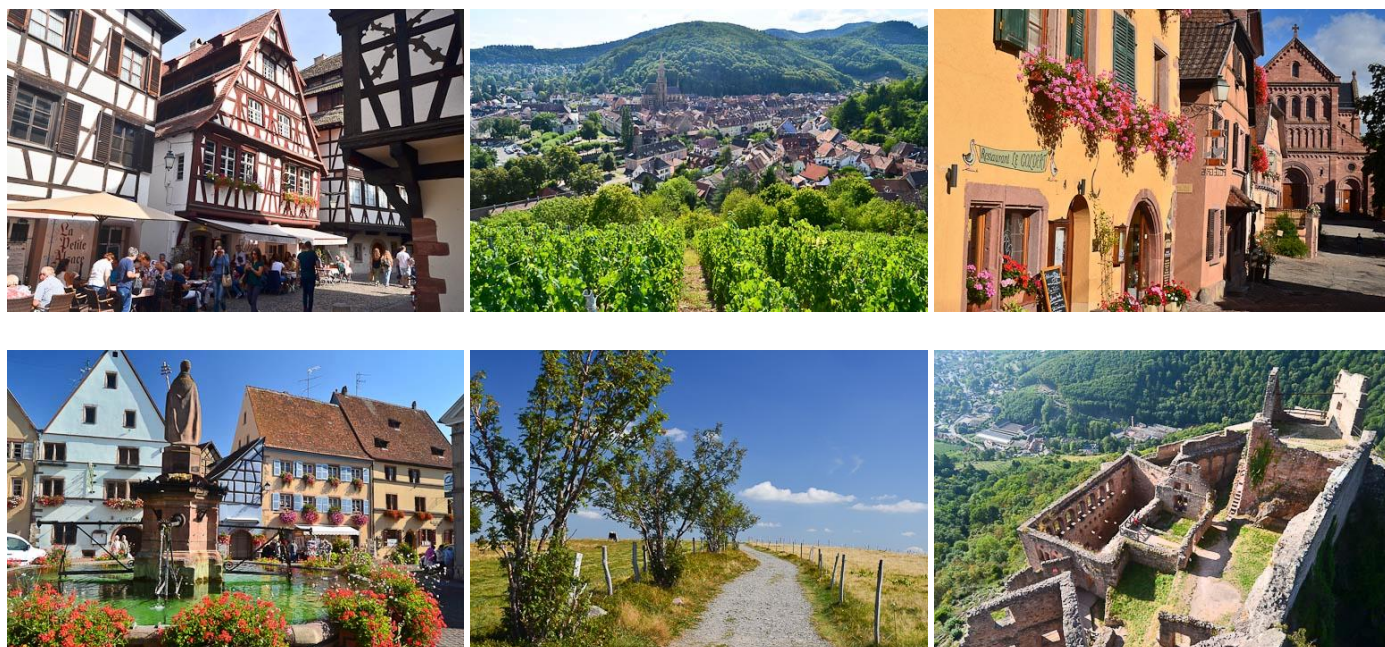
Estaba llegando al final de viaje. Al atardecer y sentado a solas en los restos de las antiguas fortificaciones, con un libro pero haciendo pocos esfuerzos por leer, contemplaba el paisaje de nubes esponjosas y lejanas colinas, al tiempo que deslizaba la mirada por los jardines silvestres y las piedras que refulgían con un tono rosa bajo el sol de la tarde. Observaba el bonito panorama de la luz del día, que lentamente fue apagándose sobre la extensión de naturaleza. El crepúsculo se había deslizado en las calles y la noche tomó posesión del paisaje.

Por la noche, dormido, viajé al terreno confuso de las imágenes incompresibles, cuando el ruido de los truenos volvió a despertarme de pronto y la lluvia empezó a caer con fuerza sobre el vehículo. Ésta vez la MeteoFrance había acertado y parecía que el otoño había llegado después de un precioso verano. Adelanté dos días el regreso a casa y efectué el camino de retorno en cortas etapas.









Con la escritura de este relato no solo me estaba entregando simplemente a la nostalgia de una estela difusa, cuyo rastro había perdido mi memoria, sino que mi narración tiene un objetivo preciso, aflorar en mi recuerdo y ordenar las sensaciones he imágenes que se acumulaban incoherentemente en mi cabeza. Las escenas desfilaban entremezcladas, una casa, una calle, una fuente, un paisaje. Pero compilando las fotografías y seleccionándolas una oleada de recuerdos fueron remontando las riberas de mi memoria. Paisajes vistos un instante resurgían de una memoria olvidada y entrelazando las evocaciones, atando los hilos del pasado con las imágenes del presente, me permitieron definir el conjunto de este relato.

Ion Ibáñez, relato elaborado a lo largo del año 2020

